

 **REY  
D**ESNUDO   
REVISTA DE LIBROS

## Relecturas

### **La revolución de Menocchio. El impacto historiográfico de *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg**

**Julián Delgado**

*Universidad de Buenos Aires / EHESS*

*julian\_d7@hotmail.com*

**Rodrigo González Tizón**

*IDAES — Universidad Nacional de San Martín*

*rgtizon@gmail.com*

*Fecha de recepción: 08/04/2015*

*Fecha de aprobación: 29/05/2015*

## Introducción

*Del carácter de la historia, en cuanto conocimiento de los hombres, depende su posición particular frente al problema de la expresión. ¿Es la historia una ciencia o un arte? Hacia 1800 les gustaba a nuestros tatarabuelos discernir gravemente sobre este punto. Más tarde, por los años 1890, bañados de una atmósfera de positivismo un tanto rudimentaria, se pudo ver cómo se indignaban los especialistas del método porque en los trabajos históricos el público daba importancia, según ellos excesiva, a lo que se llamaba la “forma”. ¡El arte contra la ciencia, la forma contra el fondo! ¡Cuántas querellas que más vale mandar al archivo de la escolástica!*  
 Marc Bloch<sup>1</sup>.

*¿Qué historiador no ha soñado, como Ulises, en alimentar las sombras con sangre a fin de interrogarlas?*  
 Marc Bloch<sup>2</sup>.

**E**n el año 1976 Carlo Ginzburg publicó *El queso y los gusanos*. El libro, que proponía una pesquisa sobre la cosmovisión de un molinero friulano del siglo XVI, obtuvo en poco tiempo una gran repercusión. Tan inusitado como su propio objeto de estudio, el éxito masivo de la obra no iba sin embargo (como en tantos otros casos) en desmedro de su calidad. Por el contrario, se podría afirmar que las mismas razones que explicaban la difusión pública del trabajo del historiador italiano eran las que le otorgaban una importancia radical dentro del campo historiográfico.

Dos rasgos principales destacan a *El queso y los gusanos* y lo convierten en un material atractivo y polémico. Por un lado, la singularidad de su tema: apoyado en una fuente sumamente particular y —según la propia confesión del autor— encontrada casi por azar, Ginzburg intentaba acercarse al pensamiento de un individuo proveniente de los sectores populares que había vivido cuatrocientos años atrás. “Una cultura casi exclusivamente oral como es la de las clases subalternas

1 Bloch, Marc: *Introducción a la historia*, México, FCE, 1957, p. 25.

2 *Ibid*, p. 48.

de la Europa preindustrial, tiende a no dejar huellas, o a dejar huellas deformadas por inherencia”<sup>3</sup>, explica al comienzo de su libro. Los registros del juicio inquisitorial a Menocchio, el protagonista de su “microhistoria”, ofrecen una sorprendente excepción a la regla. Son de una curiosidad cautivadora, pero también constituyen una oportunidad única para desafiar y complejizar los enfoques historiográficos atados a la cuantificación y al panorama general, que justamente para la fecha de publicación del libro veían cuestionada su hegemonía. Pero el abordaje del turinés es rupturista además en un segundo sentido. Porque, por otro lado, Ginzburg respalda su enfoque en un formato de escritura que se aleja de las formalidades y las estructuras más rígidas y se acerca —con notable maestría— a un estilo más literario. El informe de investigación se convierte, bajo su pluma, en un relato cargado de intriga, en donde las constataciones conviven con las incertidumbres y en el que las conclusiones objetivas obtienen tanto espacio como las preguntas más arriesgadas y subjetivas. El resultado es una obra apasionante desde el punto de vista del lector, pero controvertida para una disciplina que había luchado largamente —y que, en cierto modo, aún continúa luchando— por el reconocimiento de su status científico.

Excepcionalidad del caso como vía de acceso a una comprensión general y flexibilidad de la forma como mecanismo de construcción de conocimiento: con esas herramientas, Carlo Ginzburg produjo a fines de los años setenta un raro suceso editorial y un impacto epistemológico mayor. Sin embargo, como demuestran las dos citas de Bloch que introducen este trabajo, aquellas dos innovaciones no eran radicales y suponían, en cambio, problemas fundantes de la historiografía en tanto tal. Lo que *El queso y los gusanos* consiguió, en todo caso, fue ponerlos en escena de una manera sin precedentes. De allí su importancia histórica. Y de allí también su plena vigencia.

El objetivo de este artículo es recuperar, a casi cuarenta años de su edición, los principales aportes y problemas de una obra fundamental para la historiografía y las ciencias sociales en general. Llamativamente, no se registran grandes antecedentes en cuanto al abordaje monográfico de este libro, que ha tenido múltiples reediciones y traducciones. La revisión exhaustiva que aquí se propone aspira, en ese sentido, a fomentar la discusión y la relectura de un trabajo cuyos aportes continúan siendo insoslayables. En primer lugar, se intentarán reconstruir brevemente la tra-

---

3 Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Península, 2011, p. 215.

yectoria personal del autor y el contexto disciplinar dentro del cual vio la luz la investigación sobre el molinero friulano. En esta misma sección, se presentarán los aspectos centrales de la propuesta teórica del autor, encarnada en su famoso paradigma indiciario. Un segundo apartado estará dedicado a explorar los lineamientos centrales de *El queso y los gusanos*. En tercer lugar, serán abordadas las críticas realizadas al libro, en especial aquellas relacionadas con su singular metodología y su no menos original apuesta epistemológica. Tomando como eje las proyecciones más amplias de aquella investigación, la cuarta sección reflexionará sobre las implicancias de su propuesta para el universo historiográfico. Finalmente, las conclusiones se encargarán de revisar la pervivencia de *El queso y los gusanos* en el presente.

En cierta ocasión, Ginzburg realizó la siguiente confesión: “*Los reyes taumaturgos* fue para mí un libro inesperado. (...) El nivel de apertura, el cuidado por el detalle, el gusto por la digresión que caracterizaban a Marc Bloch me impactaron”<sup>4</sup>. Una revisión detallada de los contenidos de su propia investigación, así como de las críticas y los elogios recibidos y de los alcances y límites de su propuesta epistemológica, permiten hacer una afirmación semejante sobre *El queso y los gusanos*. La más célebre obra del investigador italiano continúa siendo hasta el día de hoy una referencia ineludible para la tarea del historiador. Es también, en cierto modo, una nueva apología de la historia.

### **Un historiador en el ojo de la tormenta: sobre Ginzburg y la crisis de los grandes paradigmas.**

Nacido en el seno de una familia italiana en la que las inquietudes intelectuales y políticas estaban a flor de piel —su madre, Natalia, era escritora y su padre, Leone, profesor de literatura—, Carlo Ginzburg vino al mundo el 15 de abril de 1939, en un tiempo signado por los regímenes totalitarios. Esta singular experiencia marcó la vida del futuro historiador. Desatada la Segunda Guerra Mundial, y debido a la militancia antifascista del padre y al origen judío de la familia, los Ginzburg se vieron compelidos a residir en Pizzoli, un pequeño pueblo de los Abruzos, al centro de la Península Itálica. A este primer golpe le seguiría, poco tiempo después, uno mayor: en el transcur-

---

4 Entrevista a Carlo Ginzburg, “Les anomalies sont plus riches que les cas soi-disant normaux”, en *Le Point*, 8/3/2011.

so del año 1944, Leone, miembro de la Resistencia, vio segada su vida en la sección bajo control alemán de la cárcel de *Regina Coeli*<sup>5</sup>.

En más de una oportunidad, Ginzburg ha hecho referencia al influjo del ambiente familiar, la experiencia de la persecución y del exilio y la muerte del padre sobre su tarea como historiador. En particular, en “Brujas y Chamanes”<sup>6</sup>, ensayo de introspección historiográfica en el que intenta reconstruir la travesía intelectual que medió entre su primer libro, *Los benandanti*<sup>7</sup>, publicado en 1966, e *Historia nocturna*<sup>8</sup>, de 1989. Allí, teje la trama que anuda sus vivencias personales —las marcas que en él dejaron— con la elección de su primer y más ampliamente desarrollado objeto de estudio: la brujería en Europa a comienzos de la Edad Moderna. Más allá de los riesgos que acarrea ese tipo de empresas retrospectivas —teleología, superficialidad en los vínculos entre experiencia personal y trayectoria intelectual—, lo que interesa del artículo son las reflexiones que hace Ginzburg sobre su propia práctica como historiador, las cuales ofician como primeras coordenadas para ubicar su posición en el mapa de la historiografía. En ese sentido, y considerando que las preguntas del investigador siempre surgen del presente y son reflejo de sus propias inquietudes, la reconstrucción biográfica permite comprender mejor las fuentes y motivaciones del cimbronazo que el trabajo del intelectual italiano produciría en el ámbito de los estudios históricos.

Situada en un contexto disciplinar signado por el predominio —aunque para entonces ya cercano al ocaso— de la historia social y económica en clave de *Annales*, la irrupción de Ginzburg en el mundo historiográfico significó una ruptura radical con el paradigma de la cuantificación, las series y los grandes agregados. La propuesta epistemológica contenida en ese primer libro, que se desarrollaría con algunas modificaciones en el resto de su obra, implicaba una transgresión de las reglas del método aceptadas hasta entonces como válidas para la pesquisa histórica. En un intento por superar el fresco de homogeneidad cultural ofrecido por la historia de las mentalidades, imagen que no hacía sino soslayar las disputas entre oprimidos y opresores en esa esfera de la ac-

---

5 Ginzburg, Carlo: *El hilo y las huellas: lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Buenos Aires, FCE, 2010, pp. 415-417.

6 Ídem.

7 Ginzburg, Carlo: *Los benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*, México, Universidad de Guadalajara, 2005.

8 Ginzburg, Carlo: *Historia nocturna: las raíces antropológicas del relato*, Barcelona, Península, 2003.

tividad humana, Ginzburg se propuso realizar una investigación sobre la cultura popular en la Península Itálica durante los siglos XVI y XVII. Así vio la luz *Los benandanti*, un estudio focalizado en el Friuli, al noreste italiano, que aspiraba a desenterrar los resabios de una cultura genuinamente campesina en el contexto de los procesos por brujería que tuvieron lugar en aquella región.

La novedad de la obra, además del interés depositado en las víctimas de dichos procesos<sup>9</sup>, consistió en la manera de aproximarse a esas voces, silenciadas por los guardianes de la fe católica. En su ya mencionado “Brujas y Chamanes”, Ginzburg reflexiona sobre el asunto:

Ya en la conclusión del ensayo que escribí acerca de ese proceso enfatizaba la posibilidad de descifrar en los documentos inquisitoriales no sólo las superposiciones de los jueces, sino también (y eso era menos patente) *las voces, expresiones de una cultura irremisiblemente distinta, de los imputados*<sup>10</sup>.

Esta reflexión retrospectiva, macerada por el paso de los años y las investigaciones, contiene en esencia la propuesta de trabajo que llegaría a convertirse en el sello distintivo del historiador italiano. Lo que Ginzburg expuso entonces fue la posibilidad de acceder, a través de las fuentes producidas por los propios miembros de las clases dominantes, a los fragmentos más o menos dispersos de una cultura popular. O, dicho de otro modo, ofreció la chance de dar vuelta el tejido aparentemente impenetrable del pasado, pensando —tal como unos años antes reclamara Walter Benjamin— una historia “a contrapelo”.

Aquel gesto empático hacia “los olvidados de la historia”, como deja entrever la referencia al filósofo alemán, no suponía en modo alguno una novedad historiográfica absoluta. El propio Ginzburg lo reconocía también al atribuir gran parte de su interés por la brujería, y en especial so-

9 En el prefacio a *Los benandanti*, Ginzburg explicaba que su abordaje de la brujería como fenómeno ligado a las clases subalternas partía de un interés por conocer lo que efectivamente pensaban las personas acusadas de ser brujos o brujas, lo que no implicaba “basarse acríticamente en las confesiones (...) sin discriminar lo que es de proveniencia inquisitorial y lo que es auténticamente popular” (p. 19). En este camino, el historiador italiano se distanciaba de una serie de enfoques contemporáneos sobre el fenómeno. En primer lugar, discutía con el grupo de estudios que tachaban las creencias de las brujas de fantasías absurdas o producto de confesiones arrancadas por la tortura. En segundo lugar, criticaba las aproximaciones que tiñeron las creencias populares acerca de la brujería de la visión de los propios inquisidores, al leer literalmente las fuentes de los procesos inquisitoriales. Luego, discutía con los trabajos elaborados por los folkloristas, quienes centraban su atención en la búsqueda de arquetipos culturales atemporales en lugar de analizar las transformaciones históricas experimentadas por la cultura. Por último, Ginzburg se distanciaba también de las aproximaciones que, al estilo de *Annales*, reconstruyen universos culturales homogéneos, desprovistos de conflictos entre la alta y la baja cultura. Ginzburg, Carlo: *Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*, México, Universidad de Guadalajara, 2005.

10 Ginzburg, Carlo: *El hilo y las huellas*, op. cit., pp. 421-22 (el subrayado es nuestro).

bre sus vinculaciones con la cultura popular, a la influencia de uno de sus maestros en la disciplina histórica, el también italiano Delio Cantimori; o al declamar que su método no habría podido concebirse sin la lectura previa de los influyentes trabajos de Aby Warburg. En el contexto disciplinar de los años setenta, la aparición de *Los benandanti* podía generar calurosas reacciones pero no desencajaba completamente. Desde finales de los años cincuenta, el grupo de historiadores marxistas británicos que integraban, entre otros, Eric Hobsbawm, E. P. Thompson y Christopher Hill, estaba trabajando con perspectivas que se alejaban del “número frío” y reivindicaban la acción de los sujetos encarnados en la clase trabajadora<sup>11</sup>. Estos desarrollos, anteriores en algunos años a la obra de Ginzburg, insinuaban ya las directrices de un nuevo rumbo historiográfico.

Siguiendo las trazas de este sendero novedoso en la disciplina, el trabajo del turinés plantearía sin embargo una ruptura, al ir un paso más allá que sus predecesores. En *Los benandanti*, Ginzburg postuló la importancia de los casos particulares, locales y, por sobre todas las cosas, atípicos, corridos del canon. La reconstrucción de las creencias campesinas en el contexto de creciente persecución a las manifestaciones de religiosidad que desbordaban los rígidos esquemas tridentinos se operaba en la obra a través de una total reducción de la escala de análisis: una región bien acotada, el Friuli, y un reducido y excepcional número de casos testigo, los procesos inquisitoriales contra ciertos campesinos que aseguraban combatir en espíritu por la fertilidad de las cosechas —los autodenominados *benandanti*—. En tanto ofrecía una visión complejizada de lo social, atenta a las contradicciones que tensionaban su superficie aparentemente lisa, el análisis exhaustivo del caso anómalo permitía bucear en la cultura popular de principios de la Edad Moderna:

La violación a la norma contiene en sí (en cuanto la presupone) también la norma: no es cierto lo contrario. Quienes estudian el funcionamiento de una sociedad partiendo del conjunto de sus normas, o de ficciones estadísticas como el hombre medio o la mujer promedio, permanecen de modo inevitable en la superficie<sup>12</sup>.

---

11 En la introducción a *El queso y los gusanos*, Ginzburg realiza una defensa del empleo del término gramsciano “clases subalternas” basada en su amplitud y en su distancia respecto de otros conceptos de connotaciones más paternalistas, como por ejemplo el de “clases inferiores” (p. 9). Esta opción epistemológica se enmarcaba en un contexto historiográfico de renovada reflexión en torno a la categoría de clase, discusión que se venía desarrollando desde por lo menos una década atrás en el ámbito del marxismo británico. En 1963, Hobsbawm publicó en la revista *Past and Present* sus “Notas para un estudio de las clases subalternas” (1983), escrito en el que reivindicaba la utilidad de ese concepto para el análisis social. Ese mismo año, la aparición de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* de Thompson, con su crítica a los enfoques estructuralistas de la clase social, marcaría la tónica de un debate destinado a prolongarse durante por lo menos dos décadas dentro del campo de los estudios sobre el pasado. Hobsbawm, Eric: “Notas para el estudio de las clases subalternas” en *Marxismo e historia social*, 1983, pp. 41-51; Thompson, Edward Palmer: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1989.

12 Ginzburg, Carlo: *El hilo y las huellas*, op. cit., p. 424.

La opción por lo individual, lo local y lo *anormal*<sup>13</sup> en el análisis de la realidad social adquirió en las décadas subsiguientes a la publicación del libro la forma de una nueva corriente historiográfica: la microhistoria<sup>14</sup>. Al nombre de Ginzburg se sumarían, como pioneros de este novedoso enfoque, los de los también italianos Giovanni Levi, Edoardo Grendi y Carlo Poni y el del francés Emmanuel Le Roy Ladurie<sup>15</sup>. Este último, como señala Peter Burke, sería el autor del célebre *Montaillou* (publicado en 1975), obra fundamental para el desarrollo de la corriente en ciernes<sup>16</sup>. De las manifestaciones regulares de los fenómenos sociales a la experiencia de los sujetos individuales, del contexto global al local, de lo normal a lo excepcional, de lo necesario a lo contingente: a través de un desplazamiento del ojo analítico, la nueva corriente pretendía desentrañar en toda su complejidad el vínculo entre lo macro y lo micro<sup>17</sup>. Se trataba, sin lugar a dudas, de una propuesta audaz, que requería el ejercicio de lo que el propio Ginzburg llamó el arte de “leer atentamente” las fuentes<sup>18</sup>; es decir, de intentar sacar a la luz, más allá de las intenciones de sus productores, las “voces no controladas” que impregnan subterráneamente esos documentos<sup>19</sup>.

13 Con una remarcable proximidad temporal a *El queso y los gusanos*, entre enero y marzo de 1975, el pensador francés Michel Foucault dictaba un curso en el Collège de France cuyo tema central era la anormalidad. Años después, estos desarrollos adquirirían la forma de libro bajo el título de *Los anormales*. Ginzburg, no obstante, se distanciaría del pensador francés en el prefacio a su investigación sobre Menocchio, sosteniendo que “lo que fundamentalmente le interesa a Foucault son los gestos y criterios de la exclusión”, quedando los excluidos propiamente dichos en un segundo plano del análisis (p. 17). Este enfoque desembocaba para el historiador turinés en la asunción de un “irracionalismo estetizante” en torno a la cultura de las clases subalternas, postura que evitaba profundizar tanto en el contenido concreto de esa cultura como en su relación con los modelos provistos por los sectores dominantes (p. 18). Foucault, Michel: *Los anormales*. Buenos Aires, FCE, 2000; Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos*, *op. cit.*

14 Las primeras manifestaciones de la nueva corriente historiográfica, emergidas en el curso de los años setenta, encontrarían una cálida acogida en las páginas de una publicación italiana, los *Quaderni Storici*. Durante la década siguiente, Ginzburg y Levi se encargarían de convertir esas insinuaciones iniciales en una colección especializada, lanzada bajo el sello de la editorial Einaudi y bautizada con el nombre de *Microstorie*. Revel, Jaques: “Microanálisis y construcción de lo social”, en *Entre pasados*, N° 10, 1996, p. 126. Véase también: Espada Lima, Enrique: *A micro-história italiana. Escalas, indicios e singularidades*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2006.

15 En relación a Edoardo Grendi, el mexicano Carlos Aguirre Rojas llega al punto de afirmar que “no sólo ha sido el primer verdadero microhistoriador dentro de los Comités y Órganos de la revista *Quaderni Storici*, sino también un verdadero ‘operador’ o ‘mediador’ cultural entre la cultura inglesa y la cultura italiana (...)”. Aguirre Rojas, Carlos Antonio: *Contribución a la Historia de la Microhistoria italiana*, Rosario, Prohistoria, 2003, p. 81.

16 Burke, Peter: “La nueva Historia Socio-Cultural” en *Historia Social*, n° 17, Otoño 1993, pp.105-114; Le Roy Ladurie, Emmanuel: *Montaillou: village occitan de 1294 à 1324*, París, Gallimard, 1975.

17 Revel, Jacques: *op. cit.*.

18 Ginzburg, Carlo: *El hilo y las huellas*, *op. cit.*, p. 422.

19 Ídem, p. 14.



*Los benandanti* no obtuvo, sin embargo, la inmediata repercusión que su importancia historiográfica haría hoy suponer. En ese sentido, como señala José Emilio Burucúa, puede ser leído como una suerte de anticipo silencioso del impacto que produciría la siguiente investigación del historiador turinés<sup>20</sup>. En 1973, Ginzburg fue invitado por el prestigioso historiador británico Lawrence Stone a realizar una estadía en el *Davies Center of Historical Studies*<sup>21</sup>. Fue en el marco de los seminarios dictados en aquella institución que surgió la primera versión del trabajo que, ya como libro, catapultaría a su autor al primer escalafón del mundo historiográfico: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*.

Publicado en 1976 por la editorial Einaudi, la nueva obra logró, a diferencia de su predecesora, una difusión veloz, conmoviendo el campo disciplinar al tiempo que lo excedía para alcanzar un público vasto. Este éxito, no exento de polémica, condujo al autor a publicar tres años después un ensayo en el que pretendía sentar las coordenadas fundamentales de su propuesta epistemológica. El escrito, titulado “Indicios. Raíces de un paradigma de referencias indiciales”, se remontaba a los cazadores prehistóricos y enlazaba luego figuras tan disímiles como el historiador del arte Giovanni Morelli, el escritor de novelas policiales Arthur Conan Doyle y el propio padre del psicoanálisis Sigmund Freud, para trazar una genealogía del “método indiciario” a lo largo de la historia de la humanidad. Ginzburg escribió un verdadero manifiesto a favor de los enfoques cualitativos aplicados a las ciencias sociales y, lejos del escepticismo que caracterizaba algunas de las intervenciones de la época, sostuvo que el elemento individual —en sus manifestaciones anómalas, excepcionales— podía constituirse en una vía de acceso privilegiada a la realidad social:

Si las pretensiones de conocimiento sistemático aparecen cada vez más veleidosas, no por eso se debe abandonar la idea de totalidad. Al contrario: la existencia de un nexo profundo, que explica los fenómenos superficiales, debe ser recalcada en el momento mismo en que se afirma que un conocimiento directo de ese nexo no resulta posible. *Si la realidad es impenetrable, existen zonas privilegiadas —pruebas, indicios— que permiten descifrarla*<sup>22</sup>.

---

20 Burucúa, José Emilio: “Carlo Ginzburg: Una *ratio* individualizante y universal” en *Boletín de Historia Social Europea*. Núm. 2, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de La Plata, 1990.

21 Pons, Anaclot y Serna, Justo: *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid, Cátedra-Universitat de València, Frónesis, 2000, p. 119.

22 Ginzburg, Carlo: *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*. Barcelona Gedisa, 1994, p. 162 (el subrayado es nuestro).

En medio de la crisis a la cual se veían arrastrados los grandes modelos interpretativos, Ginzburg se deslizó por un camino alternativo. Sin resignar la posibilidad de acceder al conocimiento de los procesos generales que surcan la realidad social ni discutir la cientificidad en sí, supo problematizar la tarea del historiador, exponiendo sus limitaciones pero también iluminando sus inmensas potencialidades. *Los benandanti* había sido el primer campo de experimentación para esta nueva propuesta epistemológica, el “paradigma indiciario”. *El queso y los gusanos* constituyó, diez años después, su magistral ilustración.

### ***El queso y los gusanos: tras las huellas de una cultura popular en los albores de la Edad Moderna.***

En el prólogo de su libro, Ginzburg reflexiona en torno al avance de los estudios sobre las clases subalternas dentro del campo más vasto de la historiografía. En esa línea, retorna a las preguntas del lector obrero de Brecht<sup>23</sup>:

Antes era válido acusar a quienes historiaban el pasado de consignar únicamente las ‘gestas de los reyes’. Hoy ya no lo es, pues cada vez se investiga más sobre lo que ellos callaron, expurgaron o simplemente ignoraron.<sup>24</sup>

23 En 1935, durante su exilio en Dinamarca, el poeta y dramaturgo Bertolt Brecht escribió su célebre poema “Preguntas de un obrero que lee”:

¿Quién construyó Tebas, la de las Siete Puertas?  
 En los libros figuran sólo los nombres de reyes.  
 ¿Acaso arrastraron ellos bloques de piedra?  
 Y Babilonia, mil veces destruida, ¿quién la volvió a levantar otras tantas?  
 Quienes edificaron la dorada Lima, ¿en qué casas vivían?  
 ¿Adónde fueron la noche en que se terminó la Gran Muralla, sus albañiles?  
 Llena está de arcos triunfales Roma la grande. Sus césares ¿sobre quienes triunfaron?  
 Bizancio tantas veces cantada, para sus habitantes ¿sólo tenía palacios?  
 Hasta la legendaria Atlántida, la noche en que el mar se la tragó,  
 los que se ahogaban pedían, bramando, ayuda a sus esclavos.  
 El joven Alejandro conquistó la India. ¿El sólo?  
 César venció a los galos. ¿No llevaba siquiera a un cocinero?  
 Felipe II lloró al saber su flota hundida. ¿Nadie lloró más que él?  
 Federico de Prusia ganó la guerra de los Treinta Años. ¿Quién ganó además?  
 Un triunfo en cada página. ¿Quién preparó los festines?  
 Un gran hombre cada diez años. ¿Quién pagó los gastos?  
 Tantas historias, tantas preguntas.

24 Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos*, op. cit., p. 9.

La preocupación central de *El queso y los gusanos* es recuperar, al interior del entramado supuestamente homogéneo y uniforme de la cultura dominante de aquel entonces, los trazos —huellas, indicios— de una cosmovisión propia de las clases subalternas. Se trata de una investigación sobre la cultura popular en los tumultuosos años que rodearon a la Reforma y a la Contrarreforma, tiempos fecundos en persecuciones motivadas por la fe. Estaba por entonces en su apogeo el Santo Oficio, el cual multiplicaba los procesos por herejía con miras a extirpar toda expresión de lo que, siempre a los ojos de la vara tridentina, constituía una interpretación ilegítima —herética— de la doctrina católica. Para el historiador italiano, es preciso evitar la construcción de una imagen pasiva de las clases dominadas que este opresivo cuadro histórico podría animar, sin caer por ello en una sobreestimación de la capacidad de aislamiento de los estratos sociales inferiores frente a las presiones de los sectores más poderosos. Se trata, en otras palabras, de superar la disyuntiva (de tintes aporéticos) entre dos posturas tradicionales: aquella que presume una influencia unilateral de la cultura dominante sobre las expresiones culturales de los sectores subalternos y la que, en cambio, reclama para estas últimas una autonomía absoluta. En su lugar, Ginzburg concibe, tal como previamente lo hiciera el teórico ruso Mijaíl Bajtin, un esquema de “dicotomía cultural, pero también circularidad, influencia recíproca —especialmente intensa durante la primera mitad del siglo XVI— entre cultura subalterna y cultura hegemónica”<sup>25</sup>.

La punta del ovillo de la que se tira para acceder a ese universo oculto son las actas elaboradas a partir de los interrogatorios realizados por la Inquisición a Domenico Scandella, mejor conocido como Menocchio, un molinero nacido en 1532 en el pueblo de Montereale, dentro del territorio del Friuli. Surgidas de las entrañas del enemigo, esas provocadoras fuentes que guardan el testimonio de un campesino del siglo XVI le permiten a Ginzburg llevar adelante su proyecto e intentar sumergirse en un mar de pensamientos nunca explorado. Porque Menocchio no es, como rápidamente lo dejan ver sus declaraciones a los inquisidores, un individuo cualquiera, un “hombre promedio”. Por el contrario, se trata de un personaje a todas luces atípico, tanto para propios como para extraños. Esta peculiaridad, antes que ser un obstáculo, justifica su elección como objeto de estudio:

---

25 *Ibid.*, p. 15. Sobre los argumentos de Mijaíl Bajtin véase su libro *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 2005.

A los ojos de sus paisanos Menocchio era cuando menos un hombre distinto de los demás. Pero esta singularidad tiene límites precisos. De la cultura de su época y de su propia clase no escapaba nadie sino para entrar en el delirio y en la falta de comunicación. Como la lengua, *la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada*<sup>26</sup>.

Como deja entrever la metáfora de la “jaula flexible e invisible”, la singularidad de Menocchio se mantiene inscripta dentro de las coordenadas de su época. El molinero es, ciertamente, un personaje extraño y pintoresco para sus contemporáneos, pero su rareza no llega a convertirlo en un marginal, un *outsider* de su propia clase y de su tiempo. Sagaz, Ginzburg descubre en esta condición excepcional la oportunidad de entender mejor la cultura de una clase social entera. No es a pesar de su extravagancia, sino justamente por ella, sostiene el autor, que el protagonista de su historia permite estudiar los rastros de un mundo perdido: “también un caso límite (y el de Menocchio lo es) puede ser representativo”, argumenta<sup>27</sup>.

Del mismo modo en que Menocchio no puede escapar a sus marcos socioculturales, las reflexiones que articula sobre el mundo y la religión se revelan incomprensibles sin la referencia a los procesos generales que se despliegan en la Europa del siglo XVI:

Dos acontecimientos históricos hacen posible un caso como el de Menocchio: la invención de la imprenta y la Reforma. La imprenta le otorga la posibilidad de confrontar los libros con la tradición oral en la que se había criado y le provee de las palabras para resolver el conglomerado de ideas y fantasías que sentía en su fuero interno. La Reforma le otorga audacia para comunicar sus sentimientos al cura del pueblo, a sus paisanos, a los inquisidores (...)<sup>28</sup>.

Para Ginzburg, el extraño molinero es imposible de entender por fuera de la página escrita y de Lutero, pues se trata de un individuo irreverente que expresa su desacato al dogma católico mediante un arsenal de nociones y palabras extraído de los referentes del pensamiento humanista de la época. Menocchio es un ávido consumidor de libros, lo que de por sí no hace sino acentuar su anormalidad respecto de sus vecinos aldeanos —sabe leer y escribir—. En su lectura, sin embargo, realiza innumerables resignificaciones de los contenidos. Ese ejercicio lo aproxima una vez más a las personas con las que convive día a día:

26 *Ibid.*, pp. 21-22 (el subrayado es nuestro).

27 *Ibid.*, p. 22.

28 *Ibid.*, p. 27.

Si cotejamos uno por uno los pasajes de los libros citados por Menocchio, con las conclusiones que él extrae de ellos (...) tropezamos siempre con un hiato, una desviación a veces profunda. Cualquier intento de considerar estos libros como ‘fuentes’, en el sentido mecánico del término, se derrumba ante la agresiva originalidad de la lectura que de ellos hace Menocchio. *Por lo tanto, más importante que el texto es la clave de lectura; el tamiz que Menocchio interponía inconscientemente entre él y la página impresa (...)* Y ese tamiz, esa clave de lectura, nos remite continuamente a una cultura distinta de la expresada por la página impresa: una cultura oral<sup>29</sup>.

Los inquisidores se ven una y otra vez sorprendidos por respuestas que desbordan los cauces de su sistema de pensamiento. Es justamente esa “irreductibilidad a esquemas conocidos de parte de los razonamientos de Menocchio” la que, según el autor, permite “entrever un caudal no explorado de creencias populares, de oscuras mitologías campesinas”<sup>30</sup>. Poniendo en acción la propuesta benjaminiana de leer las fuentes a contrapelo, la pregunta por el *qué* de las lecturas se desliza entonces hacia el *cómo*; es decir, se pasa del título y el contenido estricto de los libros a la particular manera que tiene el molinero de abordarlos. Esas apropiaciones, en su originalidad inigualable, están atravesadas por saberes que no se corresponden del todo con los de los humanistas de la época: son parte de una base oculta de creencias campesinas.

Menocchio, con su cosmovisión particular, trasciende su propia persona y se erige en el representante de una cultura distinta a la hegemónica, que relumbra en un instante de peligro: el de su propia desaparición<sup>31</sup>. La investigación sobre un insignificante molinero del Friuli, por origen confinado al anonimato de la historia —en su doble acepción de disciplina social y proceso humano—, termina por detectar un resto que reclama persistentemente su redención:

Menocchio se inserta en una sutil y tortuosa, pero nítida, línea de desarrollo que llega hasta nuestra época. Podemos decir que es nuestro precursor. Pero *Menocchio es al mismo tiempo el eslabón perdido, unido casualmente a nosotros, de un mundo oscuro y opaco*, al que sólo con un gesto arbitrario podemos asimilar a nuestra propia historia. Aquella cultura fue destruida<sup>32</sup>...

Desde su condición de “eslabón perdido”, el protagonista de *El queso y los gusanos* da vida a una cosmovisión ecléctica de autoría propia, híbrido que funde en un molde original los universos

29 *Ibid.*, p. 86 (el subrayado es nuestro).

30 *Ibid.*, p. 20.

31 La referencia corresponde a la Tesis VI propuesta por Walter Benjamin en sus *Tesis sobre el concepto de Historia*, publicadas en 1940. Benjamin, Walter: *Sobre el concepto de Historia. Tesis y fragmentos*, Buenos Aires, Piedras de Papel, 2007.

32 Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos*, *op. cit.*, p. 28 (el subrayado es nuestro).

de sentidos de una tradición oral campesina hundida en el tiempo y de la cultura docta contenida en la página escrita. Sus metáforas cosmogónicas, que incluyen un caos original de elementos del cual surgen un mundo y unos ángeles originados a la manera de un queso con gusanos, son seguidas por afirmaciones en favor de una religión sin dogmas, reducida a preceptos prácticos, y tolerante de las demás confesiones. A ellas se suman, modelando ese *corpus* singular, afirmaciones sobre la condición humana de Cristo, la mortalidad del alma y un Paraíso al estilo mahometano, mezcladas con denuncias de la opresión que ejercen los ricos sobre los pobres y relatos con briznas utópicas acerca de mundos nuevos de felicidad absoluta e igualdad social.

Luego de dos extensos procesos inquisitoriales, entre los cuales mediaron quince años y durante los que se intentó hacer encastrar los dichos del molinero dentro de los esquemas de pensamiento de sus interrogadores, la suerte del acusado quedó echada. La irreductibilidad de su cosmovisión a los esquemas provistos por Trento, su *heterogeneidad absoluta*<sup>33</sup> frente a ellos, lo condujo a su destino final en la hoguera en el año 1601. La historia recuperada por Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos* no tiene, sin embargo, un final definitivo. Porque Menocchio es, en un sentido, el nexo entre dos mundos en colisión, y la evidencia de una gran derrota. Pero es también, desde otra perspectiva, el testimonio imperturbable de que, como dice la cita de Louis-Ferdinand Céline que el autor elige para comenzar su relato, “todo lo que es interesante ocurre en las sombras”.

### **¿Un universo cultural a la medida de un molinero? Alcances y límites de la propuesta historiográfica de *El queso y los gusanos*.**

En su libro *La historia cultural*, Justo Serna y Anaclet Pons afirman, al referirse a la investigación en torno a Menocchio, que “defender la legitimidad de una historia individual a mediados de

---

33 En su libro *El Estado y el problema del fascismo*, George Bataille hace un análisis de la sociedad de su tiempo en el que diferencia entre elementos “homogéneos” y “heterogéneos” de la sociedad. Si bien se trata de un trabajo que pretende abordar la problemática del fascismo en la sociedad capitalista europea del siglo XX, los términos en que plantea la cuestión son interesantes para pensar analógicamente lo sucedido durante la Inquisición cuatro siglos atrás. El pensador francés sostenía que la parte homogénea de la sociedad era “la sociedad productiva, es decir, la sociedad útil”, la que garantiza la reproducción del orden establecido, mientras que la parte heterogénea estaba compuesta por los “elementos imposibles de asimilar” y que, por su propia existencia, obstaculizaban la perpetuación de ese orden. Cuando se hace evidente que estos elementos no pueden ser incorporados a la reproducción del sistema, y más aún que constituyen un escollo insalvable para la misma, lo social homogéneo opta por suprimir a las manifestaciones de la heterogeneidad. Bataille, Georges: *El Estado y el problema del fascismo*, Valencia, Pre-textos, 1993.

los setenta, y hacerlo además a partir de un sujeto marginal, podía tomarse como una provocación o como una impugnación de las verdades historiográficas”<sup>34</sup>. Efectivamente, la propuesta historiográfica de *El queso y los gusanos* contenía una carga de irreverencia enorme. Con su rescate del sujeto y la reivindicación de su rol en la historia, Ginzburg parecía pararse en la vereda contraria a los autores de la prestigiosa escuela de *Annales*. Su trabajo discutía abiertamente con la obra del ineludible Fernand Braudel, quien elaboraba una historia “colectiva, anónima, sin personajes reconocibles”<sup>35</sup>, y también con el siempre polémico François Furet, quien afirmaba que la restitución de las clases populares a la historia sólo era “posible bajo el epígrafe ‘del número y del anonimato’”<sup>36</sup>. Se producía de esta manera una ruptura estruendosa, un giro copernicano en la orientación de la disciplina.

Se trataba ni más ni menos que del “regreso al individuo”. Un movimiento que no implicaba de ninguna manera una nueva reivindicación del “gran hombre” —el general o el estadista de Ranke— como motor de la historia, sino que traía a un primer plano a quienes hasta entonces habían sido postergados: los miembros de las clases subalternas. Así, con los ecos de Gramsci y Benjamin resonando de fondo, los marginales de la historia se convertían en principal objeto de indagación científica. Esta focalización en los sujetos de los sectores dominados, además del desafío que suponía dentro del campo historiográfico de la época, implicaba un reto en términos epistemológicos: ¿era factible construir un relato histórico que pudiera ser calificado de “científico” tomando como punto de partida un individuo singular? *El queso y los gusanos* representó una respuesta afirmativa y sin lugar a dudas ingeniosa a este interrogante.

Ahora bien, Ginzburg realiza una investigación exhaustiva en torno a las creencias de un molinero friulano del siglo XVI con el objetivo de echar luz sobre el universo mayor de la cultura popular en los inicios de la Modernidad. ¿Pero es verdaderamente posible reconstruir las representaciones culturales de todo un estrato social a partir de las ideas de un único sujeto? La pregunta apunta de forma directa a la discusión en torno a las potencialidades y los límites de la mi-

---

34 Pons, Anacleto y Serna, Justo: *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid, Cátedra-Universitat de València, Frónesis, 2000, p. 121.

35 *Ibid*, p. 122.

36 Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos*, *op. cit.*, p. 21.

crohistoria. En su trabajo sobre las formas de la historia social, Natalie Zemon Davis<sup>37</sup> refiere dos aspectos fundamentales que se le han cuestionado a esta corriente historiográfica: la representatividad del caso individual, por un lado, y el vínculo entre las dimensiones micro y macrosociales, por el otro. Ambas cuestiones interpelan directamente a *El queso y los gusanos*.

¿Cuál es el grado de representatividad de un molinero que tiene conocimientos de lectura y escritura en relación a la cultura popular de su época? Ginzburg se encarga de desestimar cualquier tipo de asimilación de Menocchio a la figura de un campesino típico, representante promedio de los miembros de su clase. Pero de lo que se trata, tal como señalan Pons y Serna, es de “precisar los límites de la extravagancia del caso”, lo que retrotrae nuevamente a la metáfora de la “jaula flexible e invisible” de la cultura. Ni aldeano promedio ni lunático, Menocchio es un caso límite. Representa, para retomar la expresión de Edoardo Grendi que el propio Ginzburg utiliza, “lo excepcional normal”<sup>38</sup>. Justamente allí radica su riqueza, en su capacidad de ofrecer una mirada que rompe con los patrones preasignados a la mentalidad campesina, pero sin cortar definitivamente amarras con ese universo cultural. En su “monstruosidad” —entendida como separación de la norma—, el molinero friulano “nos permite extender nuestro concepto de lo posible”<sup>39</sup>. Funciona, en este sentido, como el indicio de una grieta en el estereotipo de la cultura de los sectores subalternos. Pero a la vez, por la imposibilidad de escapar totalmente a los modelos provistos por su espacio y su tiempo, Menocchio lleva impreso en su discurso —aunque sea preciso un esfuerzo para descifrarlas— las coordenadas de la cultura de su clase. A partir de esta doble condición es que Ginzburg intenta construir un nuevo equilibrio, que no sea “ni la mera búsqueda de lo general en lo particular ni el énfasis dado al aislamiento, a la incomunicación, a lo irrepetible”<sup>40</sup>.

Los dichos de Menocchio, justamente porque se corren del discurso “esperable” de parte de un campesino del siglo XVI, provocan en quien los oye lo que el autor ha descripto en otro trabajo como una sensación de *extrañamiento*<sup>41</sup>. El desfasaje, que alcanza no sólo a los coetáneos sino tam-

37 Zemon Davis, Natalie: “Las formas de la historia social”, en *Historia Social*, Valencia, N° 10, 1991.

38 Ginzburg, Carlo: *El hilo y las huellas*, op. cit., p. 390.

39 Zemon Davis, Natalie: op. cit., p. 179.

40 Pons, Anacleto y Serna, Justo: op. cit., p. 123.

41 Ginzburg, Carlo: *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, Barcelona, Península, 2000. El uso de este concepto da cuenta de otra de las influencias centrales en el trabajo de Ginzburg: la obra de Sigmund Freud. Véase



bién al propio investigador y a través de él a los lectores, resulta fundante. Las largas explicaciones del molinero escapan a los moldes históricos y “violenta[n] las coordenadas espacio-temporales con las que habitualmente operamos”<sup>42</sup>. Como los latidos del corazón muerto que oprímían al personaje de Poe, dan cuenta de una otredad irremediable que se vuelve —a medida que avanza la indagación— cada vez más imposible de ignorar. Esta ausencia-presencia es lo que Ginzburg describe como un sustrato de creencias campesinas hundido en las profundidades de una tradición perdida en el tiempo.

El empleo del caso atípico y el efecto de extrañamiento que el mismo provoca funcionan así como dos arriesgadas herramientas metodológicas que permiten acceder a un vasto y novedoso universo de sentidos hasta entonces clausurado. Ante el silencio que devuelven las fuentes, el rescate de la cultura popular en los albores de la Edad Moderna parece una tarea difícil, que roza lo imposible. “El estado de la documentación refleja, como es lógico, el estado de las relaciones de fuerza entre clases”<sup>43</sup>, reconoce abiertamente Ginzburg. Su propuesta, entonces, es realizar un rodeo. El caso límite de Menocchio, por su misma condición, permite abrir una puerta aparentemente sellada y descubrir los restos de un mundo aplastado por los esquemas doctos.

Pero justamente porque se trata del testimonio de un arrasamiento, es equivocado pretender encontrar condensados en una sola persona todos los aspectos de la cultura de su tiempo. El protagonista de *El queso y los gusanos* no constituye el grano de arena en que se resume la totalidad de la cultura popular de comienzos de la Edad Moderna. Sí oficia en cambio de faro para alumbrar las presiones a las que fue sometida la misma y también las resistencias que ésta enarboló frente a los representantes de la cultura hegemónica. Y esto es así principalmente gracias a su anormalidad, a la rareza propia de sus interpretaciones de la religión y el mundo.

Visto desde esta perspectiva, quizás no sea entonces cuestión de preguntarse cuán generalizable es el caso de Menocchio en términos macrosociales, sino de entender que “la microhistoria

---

particularmente el famoso ensayo “Das Unheimlich”, usualmente traducido como “Lo inquietante en lo familiar”, “Lo siniestro” o “Lo ominoso”.

42 Pons, Anaclet y Serna, Justo, *op. cit.*, p. 123.

43 Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos*, *op. cit.*, p. 215.

puede, sin ser característica de un período, contribuir con su clave”<sup>44</sup>. Porque de lo que se trata para esta corriente histórica, y en este sentido *El queso y los gusanos* constituye una muestra fiel de sus postulados centrales, no es de renunciar a la explicación de la totalidad en nombre del fetichismo de lo singular y de la anécdota insignificante sino de utilizar al caso particular, anómalo, para iluminar zonas oscuras en la superficie del pasado<sup>45</sup>.

¿Cómo se define esa “cultura campesina” que Ginzburg encuentra sistemáticamente como trasfondo de los dichos del molinero? A lo largo de las páginas del libro, aparece mencionada de diversas maneras: hay referencias a “oscuras mitologías campesinas”<sup>46</sup>; a “un sustrato de creencias campesinas, de muchos siglos de antigüedad, pero no del todo perdidas”<sup>47</sup>; a “corrientes populares”<sup>48</sup>; incluso, se llega a hablar de una “cultura oral”<sup>49</sup>. A medida que avanza la lectura, se hace evidente que el denominador común a todas estas expresiones es su elevado grado de generalidad. Como resultado, la cultura campesina revelada por Menocchio es una fuertemente indeterminada en cuanto a su forma y contenido. Sabemos de ella poco más que su procedencia antiquísima y su carácter latente. Esta indefinición, además, se ve acentuada por el empleo *ad hoc* de las fórmulas mencionadas más arriba: traídas a colación en distintos momentos de la obra, éstas parecerían no sustentarse en ninguna evidencia más allá del propio convencimiento personal del historiador turinés de que ahí donde hay divergencias entre los esquemas conocidos y lo que sostiene Menocchio hay un indicio irrevocable de una cultura campesina inmemorial.

Más que el resultado de un análisis concreto, la certeza de Ginzburg aflora de este modo como el producto de un posicionamiento político y de una operación teórica. Su rechazo de las interpretaciones que, como la de Robert Mandrou<sup>50</sup>, asignan un papel pasivo a las clases subalternas

44 Zemon Davis, Natalie: *op. cit.*, p. 180.

45 Para un debate más extenso sobre las potencialidades y los límites del análisis histórico de la anomalía, véanse las reflexiones del historiador británico Perry Anderson a raíz de la traducción inglesa de *El hilo y las huellas*: Anderson, Perry: “The force of anomaly”, en *London Review of Books*, Vol. 34, Nº 8, 2012, pp. 3-13.

46 Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos*, *op. cit.*, p. 20.

47 *Ibid*, p. 64.

48 *Ibid*, p. 108.

49 *Ibid*, p. 110.

50 Mandrou, Robert: *De la culture populaire en France aux XVIIe et XVIIIe siècles*, París, Stock, 1964.

en términos culturales<sup>51</sup> y sobre todo su firme convicción respecto de la existencia de una cultura de las clases subalternas existente por sí misma y diferenciada de los modelos enarbolados por las clases dominantes lo conducen a proponer la abstracción de una “cultura campesina”. El problema se presenta en tanto el recorrido minucioso que propone Ginzburg a través de cada una de las singularísimas reinterpretaciones que Menocchio hace de los textos bíblicos y de algunas obras humanistas en boga durante el siglo XVI no alcanza más que a reponer el hiato existente entre los modelos mentales de los inquisidores y los dichos del molinero. De ninguna manera llega a reconstruir la constelación de sentidos tras la cual va el historiador turinés. La suya es una reconstrucción por la negativa, que muestra más lo que escapa a los moldes de la alta cultura que la fisonomía efectiva de las creencias campesinas. De las mismas, por último, continúa sabiéndose poco más que nada.

Algo similar podría afirmarse respecto de la noción de cultura popular, objeto central de las indagaciones desarrolladas en *El queso y los gusanos*. En la introducción de su libro, Ginzburg critica la noción de mentalidad, cuya “connotación decididamente interclasista” impide visualizar el conflicto en la arena cultural. “Incluso uno de los mayores historiadores de nuestro siglo, Lucien Febvre, ha caído en la trampa”<sup>52</sup>, llega a sugerir, al tiempo que reconoce otra de sus grandes influencias. Pero las ideas de un molinero, de un campesino, de un jornalero sin tierras, de un trabajador urbano, ¿cabén todas juntas dentro del saco de la cultura popular? El término ofrece un grado de generalidad que por momentos amenaza con subsumir la heterogeneidad inherente al universo de la subalternidad en la uniformidad abstracta de lo popular a secas. El problema es tan evidente que el historiador italiano evita profundizar en su propia idea, afirmando simplemente que “el clasismo genérico no deja de ser en todo caso un gran paso adelante respecto del interclasismo”<sup>53</sup>. Es una salida elegante, aunque a todas luces tangencial.

La crítica, en cualquier caso, no invalida el libro. De hecho, sucede lo contrario. La utilidad metodológica del caso individual postulada en *El queso y los gusanos* resulta cada vez más difícil de ser cuestionada, al igual que las proyecciones de la dimensión micro sobre el proceso social en ge-

---

51 Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos*, op. cit., p. 13.

52 *Ibid.*, p. 25.

53 *Ibid.*, p. 25-26.

neral. La casi completa opacidad de las creencias campesinas a las que hace referencia Ginzburg, así como las insuficiencias de la noción de cultura popular representan, por el contrario, dos de los aspectos menos acabados del libro. Sin embargo, como se pone de relieve a partir de la discusión historiográfica posterior, la trascendencia de *El queso y los gusanos* no radica necesariamente en las explicaciones ofrecidas, sea cuál fuere su actual vigencia. Es, en cambio, en su arriesgada decisión de alumbrar un mundo que los enfoques anteriores consideraban perdido e inaccesible y en su osadía para señalar nuevos problemas en el oficio de estudiar el pasado, que la obra del historiador italiano adquiere su carácter de “clásico”.

### **“Estas opiniones que yo tengo las he sacado de mi cerebro”. *El queso y los gusanos* y la construcción de conocimiento histórico**

Si la discusión sobre los contenidos concretos de *El queso y los gusanos* continúa vigente hasta el día de hoy, algo similar o incluso mayor ocurre con su propuesta epistemológica. Más allá de las controversias sobre la representatividad de Menocchio o la difusa existencia de una cultura campesina milenaria, particularmente interesantes para aquellos abocados al estudio de la Edad Moderna, es posible afirmar que las repercusiones más profundas de la investigación de Ginzburg se generaron por la forma en que supo poner en escena un problema fundamental para la totalidad del vasto campo de las ciencias sociales: el de la construcción de conocimiento.

En efecto, es en este plano que la obra del historiador italiano lanza su desafío más importante. Situada en el contexto de la crisis de los grandes paradigmas explicativos, la puesta en práctica del método indiciario puede ser interpretada de dos maneras totalmente contrapuestas. Por un lado, tal como se ha señalado, representa un quiebre profundo con las formas tradicionales de hacer historia. Al optar por un abordaje cualitativo y centrarse en el caso individual, Ginzburg hace un cuestionamiento a los modelos cuantitativos que trasciende la cuestión de la pura eficacia: en su concepción historiográfica, los antiguos métodos no sólo son necesariamente imprecisos y generalizadores, sino que conllevan en última instancia limitaciones graves para la comprensión. Lo que el estudio sobre Menocchio revela es que la “tiranía del número” esconde doblemente: al tiempo que impide entrever a los sujetos históricos y respetar su capacidad de acción, limita el potencial desarrollo de nuevos abordajes hermenéuticos. ¿Por qué partir siempre de una

cultura dominante para, en el mejor de los casos, reconocer la existencia de una cultura popular? Con la excusa de la escasez de fuentes adecuadas, los intentos generalizadores reprimen para el turinés toda posibilidad de pensar una “historia a contrapelo” que ponga de relieve lo sucedido con los vencidos del proceso histórico.

En el mismo sentido, y ya puntualmente en términos metodológicos, la concepción de Ginzburg sobre el vínculo entre los datos disponibles y los faltantes busca diferenciarse de la que proponen las investigaciones tradicionales. Frente a un modelo que aspiraba a completar el archivo (aun sabiendo de antemano imposible aquella tarea), *El queso y los gusanos* propone una exploración en la que los silencios parecen ser casi tan significativos como las fuentes mismas. El historiador turinés trabaja, como es inevitable, en base a los testimonios que el tiempo ha salvado, sin dejar de reivindicar la ambición acumulativa. Pero asume también la ardua tarea de intentar nombrar los huecos y las sombras, de hacer presente de alguna forma lo que aparentemente se ha perdido para siempre. El carácter mismo del archivo se modifica así de modo sustancial, hasta volverse potencialmente infinito. En este recorrido, los obstáculos que emergen durante la investigación, y que son elementos inherentes a la documentación, deben “volverse parte del relato”. De este modo, las dudas, hipótesis, conjeturas y silencios se integran a la narración, de forma tal que “la búsqueda de la verdad” —así la llama el autor del *El queso y los gusanos*— participe de “la exposición de la (necesariamente incompleta) verdad alcanzada”<sup>54</sup>.

Por supuesto, este horizonte perseguido por Ginzburg lleva consigo una alteración del equilibrio entre el par análisis/interpretación. El trabajo de exégesis, por el cual un texto en principio pequeño y pobre se convierte, merced a la erudición del autor, en un documento de una valía totalmente excepcional, se ofrece así como el fundamento mismo de la existencia de una obra construida en base a fuentes mínimas. Una historia que en términos estadísticos podría haber sido resumida en un renglón ocupa de pronto largas páginas<sup>55</sup>.

---

54 Ginzburg, Carlo: *El hilo y las huellas*, op. cit., pp. 374-375.

55 En su ensayo “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, el propio Ginzburg haría referencia a esta profusión de ideas y reflexiones en torno a un acontecimiento aparentemente insignificante, propia de su método de análisis, afirmando que “reducir la escala de observación quería decir transformar en un libro lo que, para otro estudioso, habría podido ser una simple nota a pie de página en una hipotética monografía sobre la Reforma protestante en el Friuli”. *Ibid.*, p. 60.

La operación, como es de esperar, conlleva riesgos. El primero de ellos, destacable aunque ciertamente menos importante, es que no todo historiador posee (o poseerá) la apabullante erudición y la magistral capacidad de Ginzburg para trazar asociaciones, comparar modelos e imaginar posibles inspiraciones; es decir, los recursos con los que el autor consigue otorgarle un sentido a las declaraciones del molinero. El proyecto historiográfico propuesto por el italiano es sumamente exigente con el sujeto que escribe, ya que en última instancia la riqueza de los resultados se sostiene en las habilidades y virtudes del investigador. El segundo riesgo, en cambio, resulta sumamente trascendente y se relaciona con el tipo de procedimiento interpretativo que realiza Ginzburg. Como destacan Boutier y Boutry<sup>56</sup>, el constante uso de la analogía que éste hace en su libro se vuelve, en el mejor de los casos, una herramienta de doble filo: sirve para descubrir una serie de vínculos insospechados y sustenta la hipótesis central de la existencia de una cultura campesina milenaria, pero constituye a la vez una base sumamente endeble para cualquier argumentación. El italiano trabaja, muchas veces, en el peligroso nivel de la mera conjetura y sus argumentos se acercan en ocasiones a lo que parece una interpretación coherente pero completamente subjetiva. Algo que él mismo reconoce implícitamente al insistir en que, para estudiar una cultura sometida, son precisos “criterios de verificación diferentes de los habituales”<sup>57</sup>. Es una justificación necesaria, pero no suficiente frente al polémico hecho de que los “procedimientos de evaluación reposan, frecuentemente, sólo sobre la exégesis textual”<sup>58</sup>.

A pesar de que Ginzburg sostenga que “los expedientes de los dos procesos en que se vio involucrado [Menocchio] a quince años de diferencia nos facilitan una elocuente panorámica de sus ideas y sentimientos, de sus fantasías y aspiraciones”<sup>59</sup>, lo cierto es que esta imagen llega distorsionada en un grado incalculable. Ha pasado por el filtro de los inquisidores, antes que nada, pero también por el del mismo molinero, quien por su propio “exotismo” dista mucho de constituir un arquetipo de la cultura campesina de su época. ¿Cómo recuperar sentidos genuinos del pasado a partir de esta enmarañada trama de mediaciones? El autor sugiere que “debemos aprender a des-

---

56 Boutier, Jean y Boutry, Philippe: “L’invention historiographique” en *Enquête*, 3, 1996, pp. 165-176.

57 Ginzburg, Carlo: *El hilo y las huellas*, op. cit., p. 122.

58 Boutier, Jean y Boutry, Philippe: op. cit., p. 5.

59 Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos*, op. cit., p. 10.

enredar los abigarrados hilos que constituían el entramado de esos diálogos”<sup>60</sup>. Los mecanismos de tal metodología, permanecen, no obstante, indefinidos. Todo parecería llevar a la conclusión de que, al igual que el protagonista de su relato, Ginzburg sólo puede haber sacado sus ideas exclusivamente de su propio cerebro.

Así, siguiendo el desarrollo propuesto, *El queso y los gusanos* termina por chocarse de frente con el problema de “los límites de la interpretación”<sup>61</sup>. ¿Hasta qué punto las asociaciones y reflexiones sugeridas, independientemente de su originalidad, pueden ser comprobadas mediante un mecanismo distinto al de la mera intuición o el de la opinión subjetiva? ¿Cuáles son los criterios que habilitan al autor a recortar y citar el texto original de una forma tan aleatoria? ¿Dónde radica el límite que no se puede atravesar sin que el comentario comprometa la integridad y los sentidos propios del documento? En pocas palabras, ¿cuáles son las reglas del método que validan la científicidad de la investigación histórica desarrollada? El punto de llegada del libro parece ser, finalmente e incluso a pesar de las intenciones iniciales de su autor, la puesta en cuestión de las capacidades de la disciplina histórica para ofrecer algo más que interpretaciones de un tiempo inalcanzable, algo distinto que lecturas puramente subjetivas de un pasado que sólo existe en la actividad creativa de los hombres del presente.

Sin embargo, es justamente en este punto que el trabajo del italiano puede ser comprendido de otra manera en su relación con los modelos historiográficos que en principio parece confrontar. Es que, por otro lado, frente a la crisis de los grandes modelos explicativos y la instalación hegemónica —giro lingüístico mediante— de un discurso relativista, Ginzburg pondrá todos sus esfuerzos en construir un camino alternativo.

En 1973, Hayden White había planteado en su libro *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* que el discurso historiográfico era, esencialmente, un discurso creador. Contra la concepción tradicional de la escritura histórica como un traspaso “exacto” de acontecimientos del pasado que “hablan por sí mismos”, el investigador estadounidense postulaba que toda narración histórica se encontraba tamizada de forma indeleble por el filtro de la subjetividad: el histo-

---

60 Ginzburg, Carlo: *El hilo y las huellas*, op. cit., p. 404.

61 Eco, Umberto: *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen, 1992.

riador “prefigura el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el cual aplicar las teorías específicas que utilizará para explicar ‘lo que en realidad estaba sucediendo’ en él”<sup>62</sup>. Era una lógica argumentativa que derivaba en un profundo cuestionamiento de la cientificidad misma de la historia: en tanto estaban atravesados por el lenguaje, los relatos históricos no se diferenciaban formalmente de los relatos declaradamente ficcionales.

Al poner en cuestión la eficacia explicativa de los textos duros, descriptivos, y postular la importancia del acto de contar en sí mismo, *El queso y los gusanos* puede —y hasta debe— ser leído como un eco de aquella polémica propuesta lanzada por White. Sin embargo, el cuestionamiento de Ginzburg a los modelos historiográficos canónicos, así como su propio desafío a la pretensión de contar las cosas “tal como sucedieron”, poseen un cariz evidentemente distinto. Si bien imprescindible, la renovación no implica para el turinés reducir “la historiografía a una dimensión textual, privándola de cualquier valor cognoscitivo”<sup>63</sup> ni abandonar la ambición más profunda del proyecto ilustrado: acercarse, cada vez más, a una explicación de la totalidad.

(...) Todas las etapas que marcan los ritmos de la investigación son construidas, no dadas. Todas: la detección del objeto y de su relevancia; la elaboración de las categorías por medio de las cuales se lo analiza; los criterios de prueba; los patrones [*moduli*] estilísticos y narrativos por cuyo intermedio se transmiten al lector los resultados. Sin embargo, esa acentuación del momento constructivo inherente a la investigación [va] unida a un rechazo explícito de las implicaciones escépticas (posmodernas, si se quiere) (...). A mi juicio, la especificidad de la microhistoria italiana debe buscarse en esa apuesta cognoscitiva.<sup>64</sup>

Antes que rechazar de pleno la posibilidad de acercarse a una realidad “externa” al sujeto, lo que la microhistoria decide asumir es que ese acceso es muchísimo más complicado que lo que la historiografía tradicional pretendía. Ginzburg no es un relativista, sino un cuestionador del objetivismo entendido en términos absolutos; su afán no es destruir la confianza en la explicación científica, sino avanzar hacia una complejización del pensamiento histórico.<sup>65</sup> Impulsado por su

62 White, Hayden: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, FCE, México, 1992., p. 2.

63 Ginzburg, Carlo: *El hilo y las huellas*, op. cit., p. 388.

64 *Ibid*, pp. 388-389.

65 Como destacan Pons y Serna, Ginzburg no hace referencia alguna en su libro a *Metahistoria* de Hayden White — publicado, como se dijo, tres años antes de *El queso y los gusanos*—. Sin embargo, los mismos autores señalan la reacción crítica a los postulados de White de Arnaldo Momigliano, uno de los maestros reconocidos por el turinés, en un artículo de 1974, “El historicismo revisitado”. Pons, Analet y Serna, Justo: op. cit. Para una argumentación del propio Ginzburg frente al desafío epistemológico lanzado por White, véase Ginzburg, Carlo: *Rapporti di forza. Storia, retorica, prova*, Milán, Feltrinelli, 2000.



inmensa repercusión pública, *El queso y los gusanos* ensaya ese movimiento en dos sentidos principales.

En primer lugar, el trabajo de Ginzburg viene a cuestionar el modelo del científico frío y desapasionado, proponiendo en cambio la presencia del sujeto en el proceso mismo de la construcción de conocimiento histórico. Si los grandes modelos interpretativos se asentaban en la inmensa pretensión de una objetividad trascendente, el análisis microhistórico supondrá una recuperación del valor de la subjetividad, entendida como herramienta hermenéutica:

El hecho de tener juicios previos favorables o desfavorables no está en contradicción con la búsqueda de la verdad. El punto de partida del historiador es siempre local, está siempre ligado a un hombre o una mujer de un cierto origen social, religioso, etcétera. Pero el punto de llegada debe ser la objetividad, a pesar del filtro individual. Si se niega ese punto de partida, se crea una imagen del saber histórico absurda, irreal. A la inversa, si se niega la objetividad del punto de llegada, se traiciona la naturaleza profunda del saber histórico. De ahí que sea importante mostrar el recorrido mismo de la investigación<sup>66</sup>.

Este posicionamiento se hace especialmente tangible en el prólogo del libro. Esas páginas, además de situar el problema y justificar la perspectiva elegida, resuenan aún hoy como una proclama del autor, una inmensa argumentación personal a favor de las motivaciones últimas de su trabajo. La ya célebre cita con que esas primeras páginas concluyen, otorga a sus esfuerzos un sentido hondamente político: “Nada de lo que se verifica se pierde para la historia’, recordaba Walter Benjamin, mas ‘sólo la humanidad redenta toca plenamente su pasado’. Redenta, es decir, liberada”<sup>67</sup>.

Se podría afirmar que, a partir de *El queso y los gusanos*, ya no es posible pensar al historiador como el mero reproductor de un pasado contenido por completo en las fuentes; se trata, muy por el contrario, de una suerte de artista-arquitecto que a partir de su posición histórica y social da

---

66 Ginzburg, Carlo: “Les anomalies sont plus riches que les cas soi-disant normaux”, en *Le Point*, 8/3/2011. (Consultada el 03/02/2015 en [http://www.lepoint.fr/grands-entretiens/carlo-ginzburg-les-anomalies-sont-plus-riches-que-les-cas-soi-disant-normaux-08-03-2011a-1303981\\_326.php](http://www.lepoint.fr/grands-entretiens/carlo-ginzburg-les-anomalies-sont-plus-riches-que-les-cas-soi-disant-normaux-08-03-2011a-1303981_326.php)). En *El sujeto de la historia*, el mexicano Carlos Pereyra sostiene una idea consonante con esta reflexión de Ginzburg al afirmar que “preocuparse por la objetividad de un enunciado no equivale a preguntar si es o no verdadero, si corresponde o no con la realidad” porque “para que un discurso pueda legítimamente caracterizarse como objetivo no hace falta que sea verídico, ni que estén ausentes de él los juicios de valor, ni que sea aceptado universalmente” sino que “basta que se trate de un discurso cuyos elementos teóricos e informativos puedan someterse a contrastación y control” (Pereyra, Carlos: *El sujeto de la historia*, México, Alianza, 1996, p. 165).

67 Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos*, op. cit., p. 28.

vida a un universo, transformando su propia subjetividad en materia prima de la investigación. Es cierto que Ginzburg retoma las palabras de Pierre Vidal-Naquet para ceder el lugar de privilegio a *La escritura de la historia* de Michel De Certeau, libro gracias al cual “tenemos conciencia de que el historiador *escribe*; de que elabora un espacio y un tiempo, estando él mismo intrínsecamente inscripto en un espacio y un tiempo específicos”<sup>68</sup>. Por su gran resonancia pública, pero sobre todo por la calidad de su factura, su propio trabajo marca, no obstante, una diferencia sustancial con cualquier obra previa.

Esa diferencia se expone y realiza, además, en el plano mismo de la forma. Rasgo notable de la pesquisa sobre Menocchio, el relato asume un estilo mucho más literario que lo acostumbrado por el discurso historiográfico tradicional. Este “giro artístico” representa el segundo sentido del movimiento que realiza el autor en la búsqueda de una mayor complejidad analítica.

Más cerca de Roger Chartier que, como se señaló, de Hayden White, Ginzburg no pierde nunca de vista que “aunque el historiador escriba dentro de una forma ‘literaria’, no hace literatura”<sup>69</sup>. Que la distancia entre lo real y lo ficcional siga funcionando como eje articulador del pensamiento no impide, sin embargo, la necesidad de reconocer sus vínculos y sus mutuas contribuciones. Esto es lo que *El queso y los gusanos*, antes que decir, muestra y enseña. El archivo y el abordaje sistemático de las fuentes siguen siendo las herramientas esenciales para una investigación que aspira a la verdad, aun sabiéndose incapaz de alcanzarla; pero la forma en que se cuenta es, en cierto sentido, tan importante como lo que se cuenta:

Antes de empezar a escribir *Il formaggio e i vermi* había meditado [*rimuginato*] largamente acerca de las relaciones entre hipótesis de investigación y estrategias narrativas (la reciente lectura de los *Exercice de style* de Raymond Queneau había agudizado fuertemente mi disponibilidad a la experimentación). Me había propuesto reconstruir el mundo intelectual, moral y fantástico del molinero Menocchio mediante la documentación producida por quienes lo habían mandado a la hoguera. Ese proyecto en ciertos aspectos paradójico **podía** traducirse en un relato que transformase las lagunas de la documentación en una superficie tersa. Podía, pero evidentemente no debía: por motivos que eran a la vez de índole *cognitiva, ética y estética*. Los obstáculos que salieron al paso de la investigación eran elementos constitutivos de la documentación y, por tanto, debían volverse parte del relato; del mismo modo que la excitación y los silencios del protagonista ante las preguntas de sus perseguidores, o ante las mías<sup>70</sup>.

68 Ginzburg, Carlo: “Sólo un testigo”, en Friedlander, Saúl (comp.) (2007): *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1990, p. 137.

69 Chartier, Roger: “L’Histoire entre récit et connaissance”, en *Au bord de la falaise. L’histoire entre certitudes et inquiétudes*, Éditions Albin Michel, Paris, 1998.

70 Ginzburg, Carlo: *El hilo y las huellas*, op. cit., p. 374 (en negrita en el original, la cursiva es nuestra).

El acercamiento a lo literario no funciona así exclusivamente como una estrategia comunicativa, sino que supone —tal como se mencionara— una opción política y habilita, al mismo tiempo, una respuesta original al problema inherente a todo trabajo científico: la construcción de conocimiento.

En ese sentido, es al elegir posar el foco de la investigación sobre aquellos elementos que se presentan como más indescifrables que el estudio de Ginzburg realiza su desplazamiento crucial. Tal como sugieren el epígrafe de Bloch y la mencionada cita de Céline, aquello más oculto, menos asequible, sobre lo que probablemente jamás se obtengan resultados concluyentes, se convierte en el objeto de estudio preferencial del historiador. En esa decisión radica, en definitiva, la ruptura epistemológica provocada por *El queso y los gusanos*.

## Conclusión

¿Cuál es la medida del éxito de un libro? Las casas editoriales pueden afirmar, desde el punto de vista de su interés comercial, que el trabajo de Ginzburg ha sido uno de los mejores aportes que el ámbito de la historiografía haya jamás realizado al negocio de las publicaciones. Sin embargo, las reimpressiones, traducciones y ediciones varias son también en este caso indicativas de algo muy distinto que la mera cuestión mercantil. El hecho de que un historiador, sin renunciar a sus más hondas pretensiones analíticas, haya concebido un relato capaz de obtener una repercusión tan masiva remite una vez más a cuestiones tan fundamentales como la función social de la historia y su capacidad de elaborar explicaciones sobre los acontecimientos pasados. Desde esta perspectiva, es posible que los cálculos sobre el suceso del libro de Ginzburg vayan, al menos para el autor y buena parte de sus pares, más bien por otro lado. Es el impacto indeleble de la ruptura planteada, el hecho de volverse una referencia inevitable e incluso el eje mismo de cualquier discusión historiográfica, lo que hace tan importante a la obra. En un punto, no se puede volver de *El queso y los gusanos*. Y es este carácter imprescindible de la obra, justamente, la medida de su éxito.

En una conferencia pronunciada en el Birkbeck College de Londres en 1979, sólo tres años después de la publicación de *El queso y los gusanos*, Eric Hobsbawm reflexionaba sobre la historia de la historiografía y defendía la posibilidad de distinguir al interior de la misma un progreso. “Lo

que quiero resaltar es que la postura extrema que representaba la ortodoxia de Ranke, que era la dominante en las universidades occidentales, encontró oposición no sólo por motivos ideológicos, sino también debido a su estrechez y su insuficiencia”<sup>71</sup>, afirmaba el historiador británico. Existía para él una tendencia singular de la investigación, que trascendía al menos en cierta medida los posicionamientos políticos y personales de quien escribía. Frente a las críticas relativistas, Hobsbawm sostenía que era factible reconocer, en el nivel de los métodos, de los criterios de selección, de la complejidad de las perspectivas analíticas y, más en general, de la capacidad explicativa, un progreso pesado, zigzagueante, pero real de la historia. “Sigue siendo cierto que la historia se ha alejado de la descripción y la narrativa para acercarse al análisis y la explicación; ha dejado de concentrarse en lo singular y lo individual a favor de la determinación de regularidades y la generalización. En cierto sentido, se ha invertido el planteamiento tradicional”<sup>72</sup>, terminaba por asegurar, resumiendo con esas palabras el sentido del movimiento experimentado por la disciplina a lo largo del siglo XX.

Aunque a primera vista podría parecer paradójico, el trabajo de Ginzburg sobre el molinero friulano contribuye de hecho a refrendar estas afirmaciones de Hobsbawm respecto de la historia. Su regreso al caso individual no es, en modo alguno, un gesto conservador. Por el contrario, confirma las intuiciones del historiador inglés en cuanto a que ese “progreso modesto” realizado por la disciplina a lo largo del siglo XX había sido logrado “por medio de una necesaria simplificación” que, una vez producido el avance en la disciplina, comenzaba a desnudar “ciertos inconvenientes”<sup>73</sup>. Desde la vereda opuesta a las perspectivas posmodernas, preocupadas por descalificar cualquier intento explicativo en los términos de una construcción literaria, *El queso y los gusanos* proponía un retorno dialéctico al pasado. En este “viaje de vuelta” hacia lo individual, las conquistas realizadas por los historiadores en torno a la comprensión general de los procesos sociales encontraban en el estudio particular propio de la microhistoria nuevos y más complejos sentidos, complementarios antes que contradictorios con su propuesta epistemológica. Desde este punto de vista, la nueva línea de investigación aspiraba a constituir, en sí misma, un nuevo testimonio del progreso historiográfico defendido por Hobsbawm.

---

71 Hobsbawm, Eric: *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998., p. 75.

72 *Ibid*, p. 77.

73 *Ibid*, p. 79.

Finalizado el siglo XX y, con él, el contexto que diera vida y sentido a la investigación sobre el molinero friulano, el tiempo actual nos posiciona frente al interrogante acerca de la vigencia de *El queso y los gusanos*. ¿Qué valor reviste hoy en día la reflexión en torno a Menocchio y su particular cosmovisión? A medida que avanza el nuevo milenio, las afirmaciones grandilocuentes sobre el final de la Historia o acerca de un “giro lingüístico” van perdiendo irremediablemente su peso. Sin embargo, este reflujó de los críticos finiseculares no dio paso a un nuevo paradigma dominante en el terreno de los estudios históricos. Muerto el rey, no ha venido otro en su reemplazo. Transcurrida la primera década del siglo XXI, la anomia se instala como la realidad de la disciplina histórica.

Es ese escenario cargado de incertidumbres de cara al futuro disciplinar el que abre la puerta de (re)ingreso para Ginzburg y su molinero friulano. Ante las dudas que reaparecen (si es que alguna vez se fueron del todo) en relación a las potencialidades de la historia para dar cuenta de la realidad pasada, el rescate del caso anómalo ya no en términos de mera curiosidad folklórica sino como instrumento privilegiado de acceso a la realidad social continúa siendo un aporte epistemológico inestimable. El elemento singular permite pensar el proceso general por fuera de la serie y la norma, las que con su fetichismo de lo recurrente ofrecen, en el mejor de los casos, una imagen de la historia sin densidad, en la que todo está dicho de antemano. Esta virtud del enfoque que toma como punto de partida lo individual no significa, sin embargo, que la propuesta microhistórica no encierre algunas fisuras. Y sería el propio historiador italiano quien, mediante una formulación de tintes aporéticos, pondría en evidencia las endebleces de su modelo de conocimiento.

Las ciencias sociales, sostuvo Ginzburg en su famoso ensayo de 1979 sobre el paradigma indiciario, se encuentran atadas a un terrible dilema: “o asumen un estatus científico débil, para llegar a resultados relevantes, o asumen un estatus científico fuerte, para llegar a resultados de escasa relevancia”<sup>74</sup>. *El queso y los gusanos* es, en buena medida, la puesta en acto valiente de esa inquietud doble, propia del investigador que aspira a atrapar la enorme complejidad que entraña el pasado. Entrado el siglo XXI, son sus preguntas antes que sus respuestas las que lo mantienen vigente entre nosotros.

---

74 Ginzburg, Carlo: *Mitos, emblemas, indicios*, op. cit., p. 163.